

ANÁLISIS CRÍTICO DE LA IDEOLOGÍA DE LA OBJETIVIDAD

Mariano Fernández Constantinides
Universidad Nacional de La Plata (Argentina)
elcadri@yahoo.com.ar

Presentación

Lo que se ofrece en las páginas que siguen es la traducción del inglés del artículo *Objetividad y noticias sesgadas*, publicado por Theodore L. Glasser (1) en el libro *Cuestiones Filosóficas en periodismo* (2).

Un criterio simple ha signado la elección de este artículo: no, precisamente, el origen norteamericano del autor; más bien y en rigor, la tesis que el autor propone: *la ideología periodística de la objetividad es perjudicial para el ejercicio de un periodismo responsable*. Como debe notarse, se trata de una reflexión más que viene a sumarse a una ya larguísima fila de posiciones que buscan discutir, confirmar, rechazar, apoyar o despegarse de una de las máximas profesionales más extendidas y más debatidas del periodismo contemporáneo: la obligación de la objetividad.

Es decir: no hace falta llegar a este texto de Glasser para elaborar una crítica al periodismo objetivo y sus defensores. Ya en 1937 L. C. Rosten, en su libro *Los corresponsales de Washington*, había dicho que “la objetividad no es más viable en el periodismo que en los sueños”.

En el fondo, este debate tiene mucho de gratuito: sabemos que la objetividad es la ilusión de nuestros genes positivistas. La ilusión imposible. La ilusión innecesaria. Sin embargo seguimos aquí, debatiendo tal vez por deporte acerca de esta cara pretensión humana.

Por eso, el interés del artículo reside menos en su definición de lo que es periodismo objetivo y la posibilidad o la imposibilidad de lograrlo que en su observación de las consecuencias de una práctica periodística guiada por esa patrón.

Y más precisamente: lo interesante del artículo de Glasser es el recorrido histórico que ensaya para explicar el surgimiento del periodismo objetivo como patrón de la praxis periodística en Estados Unidos. Con ese gesto, pretende revelar la historicidad y por tanto las condiciones sociales específicas en que “lo objetivo” pasa a consignarse como deber profesional, se institucionaliza, se expande como criterio social válido para evaluar al periodismo, y, simultáneamente, desplaza a otras variantes históricamente posibles de ejercer el oficio.

Desde ya, se trata de un texto que no reclama lectura urgente, que puede evitarse, saltarse, ignorarse. Siglos atrás, el francés Blas Pascal comparó la fe en Dios con una apuesta singular; para poner en juego esa fe, dijo, “es, por tanto, preciso apostar. Pesemos la ganancia y la pérdida tomando el partido de que Dios existe. Si ganáis, ganareis todo; si perdéis, no perderéis nada”. Algo similar ocurre con este texto: nada se pierde si no se lo lee; mucho se gana si se le presta aunque más no sea un poco de atención.

Un poco, no más, porque la vida es corta y el tiempo no para ni sobra.

Objectivity and news bias/ Objetividad y noticias sesgadas, por Theodore L. Glasser

Por objetividad me refiero a una particular perspectiva del periodismo y la prensa, un cuadro de referencia que los periodistas utilizan para orientarse en la redacción y en la comunidad. Por objetividad entiendo, en cierto sentido, ideología; y por ideología, un conjunto de creencias que funcionan como el “derecho de acción” de los periodistas.

Como conjunto de creencias, la objetividad parece estar arraigada en un punto de vista positivista, en un persistente compromiso con la supremacía de los hechos observables y verificables. Este compromiso, a su vez, afecta al principal producto de la organización de las noticias: la noticia del día (3). Entonces, mi argumento, en parte, es el siguiente: la noticia es, en efecto, tendenciosa –como inevitablemente debe ser- y este sesgo puede ser mejor entendido si se entiende el concepto, las convenciones y la ética de la objetividad.

Específicamente, la objetividad en periodismo, da cuenta de –o al menos ayuda a entender- los tres principales desarrollos del periodismo norteamericano, cada uno de los cuales contribuye al sesgo o ideología de las noticias. En primer lugar, el periodismo objetivo está inclinado contra lo que la prensa define típicamente como su rol en la democracia (en tanto Cuarto Poder, Perro Guardián, Prensa Opositora). En efecto, la objetividad en el periodismo está inclinada en favor del statu quo; es inherentemente

conservadora en la medida en que alienta a los periodistas a depender de lo que el sociólogo Alvin Gouldner apropiadamente describió como “los gerentes del statu quo”. En segundo lugar, el periodismo objetivo va en contra del pensamiento independiente; debilita el intelecto tratándolo como un espectador desinteresado. Finalmente, el periodismo objetivo está inclinado contra la idea misma de responsabilidad. La noticia es vista como algo sobre lo que el periodista está obligado a informar, y no algo de cuya creación es responsable.

Creo que este último punto es el más importante. A pesar de un renovado interés en la ética profesional, la discusión continúa evadiendo la cuestión de la moralidad y de la responsabilidad. Claro, esto no significa que los periodistas sean inmorales. En todo caso significa que hoy los periodistas son amoraless. La objetividad en el periodismo efectivamente erosiona la verdadera base sobre la que se funda una prensa responsable.

Para la mayor parte de los informes sobre la historia de la objetividad en el periodismo, la objetividad periodística empezó más como un imperativo comercial que como un patrón de periodismo responsable. Con la emergencia de una verdadera prensa popular a mitad del siglo XIX –“the penny press”, la prensa de un centavo- una prensa que no estaba ligada a los partidos políticos ni a las élites empresarias, la objetividad proporcionó un punto de vista supuestamente desinteresado.

Pero la “penny press” era sólo una de tantas fuerzas sociales, económicas, políticas y tecnológicas que convergieron en las últimas décadas del siglo XIX para producir fundamentales y duraderos cambios en el periodismo norteamericano. En primer lugar, se inventó el telégrafo, que por primera vez separó la comunicación del transporte. Se sucedieron cambios radicales en la tecnología de impresión, incluida la imprenta a vapor y luego la imprenta rotativa. También en esa época se fundó la Associated Press, un temprano esfuerzo de los editores para monopolizar la nueva tecnología –en este caso el telégrafo-. Y ocurrió, finalmente, la disolución de la comunidad y el crecimiento de la sociedad; ahora había ciudades, “asentamientos humanos” donde “los desconocidos pueden encontrarse”.

Estas son algunas de las tantas condiciones que crearon el clima para el surgimiento de la objetividad periodística, un clima que se entiende mejor en términos de la emergencia de nuevos medios masivos y de la necesidad de esos medios de operar eficientemente en el mercado.

Eficiencia es aquí la palabra clave, ya que eficiencia es el sentido central del periodismo objetivo. Resultó eficiente para Associated Press distribuir sólo “hechos puros” y dejar la oportunidad de interpretación de esos hechos a los miembros individuales de la comunidad. Resultó eficiente para los diarios no ofender a lectores y anunciantes con una prosa partidaria. Resultó eficiente –tal vez conveniente- para los periodistas tomar distancia del sentido y la sustancia de aquello sobre lo que estaban informando.

Para sobrevivir en el mercado, y para fortalecer su estatus como una prensa nueva y más democrática, los periodistas –y especialmente los editores, quienes fueron cada vez más desplazados del proceso de escritura- comenzaron a transformar la eficiencia en un estándar de competencia profesional, un estándar que más tarde (décadas más tarde) fue descrito como objetividad. Esta transformación fue favorecida por dos importantes desarrollos en los albores del siglo XX: primero, el esfuerzo de Oliver Wendell Colmes (4) por emplear una metáfora del mercado para definir el significado de la Primera Enmienda (5); en segundo lugar, la creciente popularidad del método científico como la herramienta más apropiada para descubrir y entender una realidad cada vez más alienante.

En 1919, en una postura disidente, Holmes popularizó la imagen del “mercado de las ideas”, una metáfora introducida por John Milton varias centurias antes. Metáfora o no, los editores la tomaron literalmente. Sostuvieron –y continúan haciéndolo hoy en día con el mismo argumento- que su oportunidad de competir y en última instancia de sobrevivir en el mercado era su derecho consignado en la Primera Enmienda, un privilegio constitucional. La Asociación Americana de Editores de Diarios [ANPA, según sus siglas en inglés: American Newspapers Publishers Association] organizada en 1887, lideró la causa de una prensa libre. En nombre de la libertad de expresión, ANPA rechazó el decreto-ley de Alimentos y Medicamentos Puros de 1906 en nombre de sus anunciantes; rechazó el decreto ley de la Oficina de Correos, de 1912, que obligaba a declarar bajo juramento la propiedad y la circulación y de este modo amenazaba con revelar demasiado a los anunciantes; combatió los esfuerzos por regular el trabajo infantil, que podía interferir con el control y la explotación de los canillitas; rechazó los convenios colectivos de provisiones de la Ley de Reconstrucción Nacional (National Recovery Act) a mediados de la década de 1930; por similares razones se opuso al Sindicato Americano de Diarios [American Newspaper Guild, la confederación de periodistas]; trató –aunque sin éxito- de evitar que los servicios de cable vendieran noticias a las estaciones de radio antes de que esas noticias fueran publicadas en la edición del periódico correspondiente.

Además de usar la Primera Enmienda para proteger y defender sus intereses económicos en el mercado, los editores fueron capaces también de usar los cánones de la ciencia para justificar –en rigor, legitimar- los cánones del periodismo objetivo. En este caso, los editores fueron consolados por los escritos de Walter Lippman a principios de la década de 1920, en particular por su

pedido por un periodismo científico, por un nuevo realismo; un llamado a que los periodistas permanecieran limpios y libres de sus prejuicios irracionales, irreflexivos, nunca reconocidos.

Hacia los inicios del siglo XX la objetividad se había convertido en el modo aceptable de hacer periodismo –o, al menos, el modo respetable-. Era respetable porque era confiable, y era confiable porque estaba estandarizado. En la práctica, esto significó una preocupación por el modo en que las noticias eran presentadas, es decir, si *su forma* era confiable. Y esta preocupación por la credibilidad muy pronto oscureció cualquier interés por la validación de las realidades que los periodistas presentaban.

De esta manera, surgieron las convenciones de la objetividad periodística, un conjunto de procedimientos rutinarios que los periodistas usaban para objetivar las historias de sus noticias. Estas son las convenciones que la socióloga Gaye Tuchman describe como una suerte de estrategia social que los periodistas usan para desviar las críticas, el mismo tipo de estrategia utilizan los científicos sociales para defender la calidad de su trabajo. Para los periodistas esto significa entrevistas con fuentes, y ordinariamente significa fuentes oficiales con impecables credenciales. Significa yuxtaponer afirmaciones conflictivas que son presentadas como “hechos”, sin importar su validez. Significa emitir un juicio sobre el valor de noticia que tiene una determinada aseveración, aun si ese juicio sirve sólo para dar autoridad a lo que se sabe es falso o erróneo.

Ya en 1924 la objetividad aparecía como una ética, como un ideal subordinado sólo a la verdad misma. En su estudio *Ética del periodismo*, Nelson Crawford dedicó tres capítulos enteros a los principios de la objetividad. Treinta años después, en 1954, Louis Lyons, entonces director del Programa de Becas Nieman de la Universidad de Harvard, describía la objetividad como principio fundamental. Aparentemente imperturbado por Joseph Mc Carthy, senador por Wisconsin, Lyon describió la objetividad como la disciplina más importante del periodismo. “Está en la base de la información confiable e indispensable por ser la esencia de la calidad de escritor”. Más recientemente, en 1973, la Sociedad de Periodistas Profesionales [SPJ: Society of Professional Journalists], consagró formalmente la idea de la objetividad cuando adoptó, como parte de su Código de Ética, un párrafo que la caracterizaba como un objetivo alcanzable y un estándar de desempeño profesional hacia el cual los periodistas deben dirigir sus esfuerzos. “Honramos a aquellos que lo logran”, proclamó la SPJ.

Tan arraigados están los principios del periodismo objetivo que la justicia está empezando a reconocerlos. En un fallo federal de 1977, sobre el caso *Edwards vs. National Audubon Society*, (un caso que fue descrito por Floyd Adams, abogado de medios, como una “decisión histórica” en tanto sería una etapa más en el desarrollo de la Ley de Difamación) emergió un nuevo y novedoso privilegio. Fue la primera vez que las cortes reconocieron explícitamente al periodismo objetivo como un estándar del periodismo digno de la protección de la Primera Enmienda.

En lo que parecía ser una noticia sin mayores consecuencias, publicada en *The New York Times*, en 1972, cinco científicos fueron acusados de haber cobrado dinero de parte de la industria pesticida para mentir sobre el uso de DDT y sus efectos en la vida de los pájaros. De acuerdo con la forma del periodismo objetivo, la acusación fue totalmente atribuida –a un oficial de la National Audubon Society-. Los científicos, por supuesto, tuvieron la oportunidad de rechazar la acusación. Sólo uno de ellos, sin embargo, fue citado por su nombre y describió la acusación como “difamatoria”. Lo que la historia tenía de interés periodístico, obviamente, era la acusación; y con la excepción de un párrafo corto, el periodista en cierta manera proveyó un foro a la *National Audubon Society*.

Tres de los cinco científicos hicieron juicio. Aunque negó los daños y perjuicios, un tribunal ordenó compensaciones contra el Times y un integrante de la Sociedad. El *Times*, a su turno, apeló a una Corte Federal de Distrito para cambiar el veredicto. Argumentó que no se había incurrido en *malicia*; como los científicos eran figuras públicas, ellos fueron llamados a probar que el *Times* había publicado información falsa a sabiendas de la falsedad, o que hubo, de parte del *Times*, una imprudente desatención sobre si la acusación era verdadera o falsa. La evidencia previa a la Corte claramente indicó lo segundo. El periodista no hizo ningún esfuerzo por confirmar la validez de las acusaciones de la National Audubon Society. Además, la historia no fue del tipo de las “noticias calientes” (“hot news” es un término técnico usado por las cortes) que requieren de inmediata difusión; de hecho, diez días antes de que la historia fuera publicada, el *Times* descubrió que dos de los cinco científicos no estaban trabajando para la industria pesticida y que no podían haber cobrado dinero para mentir.

El *Times* apeló al Segundo Circuito de Corte de Apelaciones, donde la decisión de la Corte inferior fue revocada. Al contrario de la Corte del Distrito, la Corte de Apelaciones creó un nuevo derecho de la Primera Enmienda, una nueva defensa Constitucional en leyes por difamación –el privilegio de “reportaje neutral” (6)-. “No creemos”, sentenció la Corte de Apelaciones, “que debemos exigir a la prensa que suprima declaraciones de interés periodístico solamente porque se tiene serias dudas respecto a su verdad”. La Primera Enmienda, dijo la Corte, “protege el periodismo preciso y desinteresado” de las acusaciones de interés periodístico “más allá del punto de vista privado del periodista respecto a su validez”.

Menciono los detalles del caso *Edwards* solo porque ilustra muy bien las consecuencias de la ética de la objetividad. En primer lugar, ilustra una tensión básica entre objetividad y responsabilidad. La objetividad periodística prácticamente excluye la

responsabilidad periodística, si por periodismo responsable entendemos buena voluntad por parte del periodista de hacerse responsable (de dar explicaciones) por lo que se informa. La objetividad requiere tan sólo que los periodistas sean responsables de cómo informan, no de aquello sobre lo que informan. El fallo de la Corte a propósito del caso *Edwards* dejó esto muy claro: “El interés público de estar bien informado” dijo la Corte “exige que la prensa pueda disponer de libertad de informar sobre acusaciones de interés periodístico “sin tener que asumir responsabilidad por ello”.

En segundo lugar, el caso *Edwards* ilustra la desafortunada tendencia del periodismo objetivo –tendencia a favor de dirigentes y oficialistas, de personalidades prominentes y de élites. Es una tendencia desafortunada porque va en contra de un importante principio democrático: las declaraciones hechas por ciudadanos comunes son tan valiosas como las declaraciones hechas por personajes prominentes y la élite. En una democracia el debate público depende de la separación de los individuos de sus poderes y privilegios en la sociedad; de otro modo, el debate mismo se transforma en una fuente de dominación. Pero el caso *Edwards* refuerza la prominencia como un valor de la noticia; refuerza el uso de fuentes oficiales, grabaciones oficiales, canales oficiales. Tom Wicker subrayó la tendencia del caso *Edwards* cuando observó recientemente que “el periodismo objetivo casi siempre favorece las posiciones del establishment y existe nada menos que para evitar ofensas hacia ellas”.

La objetividad tiene además consecuencias desafortunadas para el reportero, para el periodista individual. El periodismo objetivo ha despojado a los reporteros de su creatividad e imaginación; les ha robado a los periodistas su pasión y su perspectiva. El periodismo objetivo ha transformado al periodismo en algo más técnico que intelectual; ha transformado el arte de contar historias en la técnica de escribir informes. Y lo más desafortunado de todo, el periodismo objetivo ha negado a los periodistas su ciudadanía (o su condición de ciudadanos); como observadores desinteresados, como reporteros imparciales, los periodistas deben ser moralmente descomprometidos y políticamente inactivos.

Los periodistas se han transformado en “comunicadores profesionales”, un vínculo relativamente pasivo entre las fuentes y las audiencias. Sin la necesidad ni la oportunidad de desarrollar una perspectiva crítica desde la cual evaluar los eventos, los problemas o las personalidades que él o ella es asignado/a para “cubrir”, el periodista objetivo tiende a funcionar como un traductor –traduce la lengua especializada de las fuentes en un lenguaje inteligible para una audiencia lega-.

En su estudio, frecuentemente citado, sobre los corresponsales de Washington (estudio publicado en la década del 40) Leo Rosten encontró que “una gran mayoría” de los periodistas que entrevistó se consideraban a sí mismos incapaces de lidiar con las complejidades de las políticas y los políticos de su nación. Según la descripción de Rosten, la prensa de Washington era un grupo frustrado e irritado de periodistas famosos más o menos resignados a su rol de mediadores, traductores. “Para hacer nuestro trabajo”, le dijo uno de los periodistas a Rosten, “lo que uno sepa o entienda no es importante. Vos tenés que saber a quién entrevistar. Inclusive si no entendés qué dijo el entrevistado vos tenés que tomar cuidadosamente nota y escribirlo literalmente: Deja que mis lectores lo comprendan. Soy su reportero, no su maestro”.

Esto fue hace cincuenta años. Hoy en día, la historia es casi la misma. Hace dos años, fue publicado otro estudio sobre los corresponsales de Washington, un libro de Stephen Hess titulado *Los reporteros de Washington*. Hess descubrió que las historias provenientes de Washington eran poco menos que un “mosaico de hechos y citas de las fuentes” que eran los que participaban de los hechos o quienes tenían conocimiento del acontecimiento. Increíblemente, Hess encontró que, en cerca de tres cuartos de las historias que estudió, los periodistas no se basaban en documentos –sólo entrevistas. Y cuando usaban documentos, esos documentos eran típicos recortes periodísticos –historias que ellos habían escrito o historias escritas por sus colegas-.

Y entonces: ¿qué significa objetividad? Significa que las fuentes suministran el sentido y la sustancia de las noticias del día. Las fuentes proveen los argumentos, las refutaciones, las explicaciones, las críticas. Las fuentes sugieren ideas mientras otras fuentes las cambian. Los periodistas, en su rol de comunicadores profesionales, sólo proporcionan un vehículo para esos intercambios.

Pero si la objetividad significa que los periodistas deben mantener una saludable distancia respecto del mundo que reportan, este mismo patrón no se aplica a los editores. De acuerdo con el Código de Ética de la Sociedad de Periodistas Profesionales (SPJ, siglas en inglés), “los periodistas y sus empleadores deben conducir sus vidas personales de una manera que los proteja de conflictos de interés, reales o aparentes”. Muchos periodistas hacen precisamente eso –evitan incluso hasta una apariencia de conflicto de interés-. Pero no es el caso de sus empleadores.

Si fuera un conflicto de intereses para un periodista aceptar un piano muy caro de una fuente de la Compañía de Piano Steinway, aparentemente esto no significa ningún conflicto de interés cuando la CBS compra la Compañía de Piano Steinway.

Editores y productores son hoy parte de una industria gigante, en expansión y crecientemente diversificada. No sólo existen periódicos pertenecientes a corporaciones que a su vez son dueñas de propiedades no relacionadas con los medios, sino que además entre sus directores se encuentran muchos miembros de la élite. Un estudio reciente de las 25 compañías de diarios más importantes descubrió que los directores de esas compañías tienden a estar ligados con “poderosas organizaciones de negocios, no con grupos de interés público; con las gerencias, no con los trabajadores; con los bien establecidos gabinetes de estrategia y

calidad, no con sus equivalentes populares en la producción”.

Pero los editores y productores sostienen que esas conexiones no tienen ninguna influencia en el modo en que las noticias son presentadas, como si ser dueño del diario no tuviera ninguna influencia en el contenido del periódico; como si las decisiones comerciales no tuvieran efectos en las decisiones editoriales; como si no fueran consideraciones económicas, en primer lugar, las que incentivaron muchas de las convenciones del periodismo contemporáneo.

Sin duda la prensa ha respondido a muchas de las más serias consecuencias del periodismo objetivo. Pero lo significativo es que la respuesta ha sido corregir las convenciones de la objetividad, pero no abandonarlas. La prensa ha refinado los cánones del periodismo objetivo: de ningún modo se ha deshecho de ellos.

Pero lo que subsiste, fundamentalmente sin cambiar, es la ingenua mirada empírica que el periodista tiene sobre el mundo, la creencia en la separación de hechos y valores, la creencia en la existencia de *la realidad* –la realidad de los hechos empíricos-. En ningún lugar es esto más evidente que cuando la noticia es definida como algo externo al –o independiente del- periodista. La mayor parte del vocabulario que los periodistas utilizan cuando hablan acerca de las noticias vuelve notable su creencia en que las noticias están “ahí afuera”, presumiblemente esperando ser expuestas o cubiertas o, al menos, recolectadas.

Esta es la esencia de la objetividad, y esta es la razón por la cual es tan difícil para el periodismo considerar cuestiones de ética y moral. Como las noticias existen “ahí afuera” –aparentemente independientes del reportero- el periodista no puede ser considerado responsable por ellas. Y desde el momento en que no hay responsable por las noticias, ¿cómo podemos esperar que los periodistas sean responsables o se responsabilicen de las consecuencias de, simplemente, informarnos acerca de ellas?

Lo que la objetividad ha traído, en rigor, es una despreocupación por las consecuencias del modo en que las noticias se elaboran. Unos años atrás Walter Cronkite (7) ofreció su interpretación sobre el periodismo: “No creo que sea de nuestra incumbencia cuáles sean los efectos sociales, morales, políticos o económicos de nuestra tarea de informar. Yo digo: sigamos adelante con nuestra tarea de informar –y dejemos que las astillas caigan donde deban caer-”.

Contrasta con esa apreciación el consejo de John Dewey: que “nuestra principal preocupación moral es volvernos conocedores y responsables de las consecuencias”.

Yo me inclino hacia el lado de Dewey. Sólo en la medida en que los periodistas sean responsables de las consecuencias de sus acciones será posible decir que existe un periodismo responsable. Pero no estaremos capacitados para cargar a los periodistas esa responsabilidad mientras ellos no sepan que las noticias son su creación, una creación por la cual ellos son enteramente responsables. Y no tendremos mucho éxito en la tarea de convencer a los periodistas de que la noticia es construida, y no reportada, hasta que no transformemos las convenciones de la objetividad.

La tarea, entonces, es liberar el periodismo de la carga de la objetividad a través de la demostración –tan convincentemente como podamos- de que el periodismo objetivo es más una costumbre que un principio, más un hábito mental que un estándar de desempeño profesional. Y mostrando, también, que la objetividad es en gran parte un problema de eficiencia –eficiencia que sirve, según lo que vengo diciendo, sólo a las necesidades e intereses de los dueños de la prensa, no a las necesidades e intereses de los escritores talentosos y, por cierto, no a las necesidades e intereses de la mayor parte de la sociedad.

Notas

(1) Director del Graduate Program in Journalism del Departamento de Comunicación de la Universidad de Stanford. El artículo se publica con el expreso permiso de Glasser y por eso se le agradece.

(2) *Philosophical issues in journalism*. Elliot Cohen Editor. Oxford University Press. New York. 1992.

(3) La expresión traducida es: “day’s news”, que apunta a diferenciar la noticia del periodismo diario de otro tipo de noticias.

(4) N.d.T: Oliver Wendell Holmes (1841-1935). Abogado y Jurista norteamericano, miembro de la Corte Suprema de los Estados Unidos en la primera década del siglo XX.

(5) N.d.T: Las primeras diez enmiendas a la Constitución de los Estados Unidos fueron propuestas a las asambleas legislativas de los diversos estados por el Primer Congreso, el 25 de septiembre de 1789. Dichas enmiendas fueron ratificadas posteriormente por los diferentes Estados de la Unión. La Primera Enmienda a la Constitución de Estados Unidos data de 1791, dos años después de aprobada la Carta Magna, y dice: “El Congreso no creará ley alguna respecto a la religión, ya sea prohibiendo su libre ejercicio o coartar la libertad de expresión, de la prensa o el derecho de las personas para reunirse en paz, ni en cuanto a la petición para el gobierno de reparar todo agravio”.

(6) N.d.T: la figura del reportaje neutral (neutral raportage) no es sino el deber de, en un caso conflictivo, entrevistar a ambas partes y publicar ambas entrevistas.

(7) N.d.T: Importante periodista que condujo durante más de 20 años el noticiero nocturno de la CBS y que llegó a tener una notable influencia en la determinación de los temas diarios.